

dencias desoladoras y en la realidad casi larval de los seres que lo pueblan, se convierte en el gran protagonista de la novela. «Como a Pavese, tampoco a él le preocupa crear personajes como fin sino como medio de la narración cuya vitalidad íntima es el ritmo de lo que sucede», había escrito Roa Bastos en su prólogo a *La lombriz*. La afirmación conserva su validez cuando se la refiere a esta novela, y ese «ritmo de lo que sucede» no es otro que el de la vida urbana. De este modo sus personajes devienen otras tantas concreciones descarnadas cuyo aire vagamente malsano y doliente los exime de todo convencionalismo representativo, y que son el apremiante testimonio de la fragilidad del hombre sublevado ante—o derrotado por—una realidad que cotidianamente lo destruye. Hay en *Una luz muy lejana*, como en ciertas memorables novelas que atestiguan el genio de Roberto Arlt, una transfiguración casi mítica de la ciudad de las larvas, cuya fantasmagórica entidad promueve una recuperación del sentimiento de la realidad. Como en *Los lanzallamas* o en *Los siete locos*, se advertirá en esta novela la vislumbrada y contradictoria vigencia de un arrabal sub-humano que se deshace en fracasos, se articula en destructoras obsesiones y se carga de proyecciones imaginativas o transfiguraciones simbólicas. Amargura y rebeldía, sentido del fracaso, pasión, erotismo, brutalidad y misterio configuran el sugerente y especialísimo clima de esta novela tan asombrosamente rescatada al «miserabilismo» banal o la gesticulación tremendista.

La obra de Moyano, pese a su excepcional importancia, es poco conocida. Nacido en Córdoba hacia 1935—no conozco la fecha con exactitud—su vida es la negación del profesionalismo literario. De origen humilde, su infancia y su adolescencia transcurren en esos ámbitos miserables que tan magníficamente recogerá después en dos libros de relatos: *Artistas de variedades* (1960) y *La lombriz* (1964). Es a partir de este último, sobre todo, que su nombre alcanza una cierta resonancia en el interior del país. Pero hasta la publicación de esta novela, sin embargo, su nombre era poco menos que desconocido en Buenos Aires. Es de esperar que, con la aparición de *Una luz muy lejana*, críticos y lectores concluyan por ubicarlo en el sitio que legítimamente le corresponde. Creo que, junto con Abelardo Castillo, Daniel Moyano es el mejor escritor argentino de su generación, lo cual, si se repara en que la suya es una generación de excepcionales escritores, ya es bastante decir. Creo también que al menos uno de sus cuentos, el titulado «Los mil días» (primero de los recogidos en *La lombriz*), es uno de los mejores que se hayan escrito en toda la literatura hispanoamericana. Bastaría para demostrarlo el hecho de que todos aquellos que lo han leído se sientan predispuestos a corroborar este juicio. Su novela, sin em-

bargo, no desmerece al lado de sus cuentos. Es no sólo una buena novela, sino una de las pocas realmente excepcionales que se hayan escrito en toda la literatura argentina de estos últimos años. Raramente se encontrará en ésta una recreación tan entrañable de una ciudad y unos seres que, como vivificados por su propia sangre, sea capaz de infundir en semejante grado el amor y la comprensión. *Una luz muy lejana* es, pues, no solamente un verdadero acto de fundación de la novela cordobesa. Es, simultáneamente, una de sus previsibles coronaciones.—JUAN CARLOS CURUTCHET.

LITERATURA Y SOCIEDAD EN EL ROMANTICISMO

El siglo XIX comienza en 1789. Medio siglo antes, el *enciclopedismo*, las ideas sociales de Rousseau y un cierto virus que lleva en sí el clasicismo—y que no es ni más ni menos que la imposibilidad de ahogar en un frío dogmatismo el calor que desprende cada *individuo*—están formando el espíritu de la Revolución Francesa. Espíritu que se extiende por toda Europa en un movimiento de flujos y reflujos, no incongruentes, sino funcionando dentro de un orden superior de acción y reacción, visto hoy con la suficiente perspectiva.

El cauce, desbordado por la acción revolucionaria, es establecido otra vez por un hijo del nuevo estado de cosas: Napoleón, que a caballo en los campos de batalla y en el vértice entre dos etapas ideológicas, con empuje rebelde primero, fija después un orden renovado, con el que pretende realizar su sueño europeo. Pero si Europa es ganada sin reservas por las ideas salidas de Francia, también sabrá oponerse resueltamente a la pretensión napoleónica. Y con los mismos argumentos que desde París han cundido por todos los pueblos: libertad. Libertad es la palabra del siglo. Los hombres son libres y todos iguales. Y la superioridad la dará, en todo caso, la inteligencia. Entra así en crisis el antiguo sistema vital en lo político, en lo social y, después, en lo artístico. Las ideas *liberales* en política tienen que chocar lógicamente con el academicismo reinante en el arte. Pero como los que hacen la política son también los que directa o indirectamente hacen el arte, éste se hace liberal. Y así aparece ese movimiento llamado Romanticismo, que en literatura, como en el arte en general, no es más que la interpretación *artística* de un espíritu nuevo. «Le romantisme n'est que le libéralisme en littérature», dirá Víctor Hugo.

Es importante tener en cuenta lo dicho para no caer en el error

o en la discusión bizantina de si ha habido o no romanticismo en España. Lo ha habido y se ha vivido intensamente desde las Cortes de Cádiz a lo largo de todo el siglo pasado. Las reformas agrarias que pretendieron llevar a cabo. El desequilibrio entre las aspiraciones de una minoría y la masa ignorante que pretendieron gobernar: «dramático divorcio entre una clase media intelectual que ignora a su pueblo, y un pueblo poco habituado a la ciudadanía, que carece de respeto y de confianza en su clase intelectual», dice J. M. Jover (1). Los individuos que intervinieron en ellas o que se sintieron herederos de sus programas... De todo lo cual viene a resultar una nueva concepción de la sociedad, nueva hasta entonces.

Había, pues, en el ambiente un deseo renovador de todos los aspectos de la vida española, de hacer borrón y cuenta nueva con el tiempo inmediatamente anterior y antes que en ningún país europeo, al enfrentarse España con la *Grande Armée*, que antes he indicado cómo hizo de precipitador de la reacción nacionalista en oposición con la universalidad del siglo XVIII. El Romanticismo vendrá después como un eslabón más de la cadena de reacciones que motivó el choque de estas dos formas de existencia. Por eso, más que hablar de una importación hay que pensar en el reconocimiento por parte de los escritores españoles del magisterio en el nuevo estilo de figuras como Víctor Hugo, Dumas o Byron, cuyas nuevas directrices en literatura coincidían con sus actitudes políticas y sociales, constituyendo el *liberalismo*, palabra originariamente española, que se divulgó por toda Europa. Es decir, que a una nueva concepción de la sociedad hacía falta también una nueva concepción del arte. Y fue ésta la que se trajo desde fuera, porque respondía a las aspiraciones de su experiencia vital.

En resumen, las ideas revolucionarias que originaron el *liberalismo político* dieron lugar al *romanticismo literario*, y ambos conceptos constituyen el Romanticismo. En este sentido se puede hablar de una evolución hacia el *romanticismo* en escritores que empezaron dentro de una línea neoclásica. Evolución que no siempre llega hasta el final en todos los escritores, sino que se manifiesta en distintos grados, que responden a varios factores, como el temperamento, la edad con que se enfrentan al cambio y la formación intelectual que arrastran.

Así ocurre con Quintana, en cuya obra se encuentran rasgos denominados genéricamente *románticos*, pero que en realidad son sólo *liberales*, primera etapa hacia el *romanticismo*, al que no llegaría a asimilarse, aun cuando lo vio crecer y brillar en su momento álgido.

(1) JOSÉ MARÍA JOVER: «Edad Moderna», en *España moderna y contemporánea*, por J. Reglá, J. M. Jover y C. Seco. Ed. Teide. Barcelona, 1964 (2.^a edición), pp. 177-178.

Es también el caso de Cienfuegos. Y con este enfoque del problema se explica el «tornasolado» Martínez de la Rosa, como Larra le llamó con tan rayante gracia. Es precisamente este escritor granadino un ejemplo claro que ilumina lo que voy diciendo. Liberal, buscando siempre en su actitud moderada un «justo término medio», no pudo encontrar una expresión definida por su exceso de moderación, ni en lo político ni en lo literario. En política, el Estatuto Real de 1834, en el que propugna la soberanía de dos instituciones históricas: el Rey y las Cortes, las cuales serán convocadas en dos estamentos, el de Próceres y el de Procuradores, reunidos en dos cámaras distintas; pero no se trata para nada de la soberanía nacional ni de la garantía de los derechos individuales, doble clave de la Constitución doceañista. En literatura, su drama *La Conjuración de Venecia*, también de ese mismo año de 1834, representa un importante paso en la renovación del teatro. Pero a la vez es autor de una *Poética*, de una obra en verso y del *Edipo*, dentro de la más pura línea neoclásica. Su vacilación se esquematiza con dos palabras: *liberalismo conservador*, al que pertenecen los hombres de su generación (Durán, Lista, etc.). Prerrománticos sin voluntad de serlo; es más, queriendo ser fieles al siglo XVIII (2).

Angel de Saavedra es el primer romántico evolutivo, según le llama Varela (3) y el que influye más poderosamente en la generación siguiente, en la que ya liberalismo en lo político y romanticismo en lo literario van unidos. El que será después Duque de Rivas participa activamente en la Guerra de la Independencia. En algunas de sus acciones se inspira como lo demuestran los títulos de algunas de las composiciones que publica en 1814. Acabada la guerra y vuelto Fernando VII, Angel de Saavedra pide el retiro del ejército y no nos vuelve a interesar hasta que en 1820, en el mismo año del triunfo liberal, publica un nuevo tomo de *Poesías*, algo más liberalizadas de clasicismo que las anteriores. Abundan los romances que estilísticamente pertenecen a una etapa de transición, que pudiéramos llamar *liberalismo literario*, la que está más cerca del primer romanticismo o renacimiento romántico, según las distintas nomenclaturas empleadas para el estudio de este período. Pero no irrumpirá decisivamente en el *romanticismo* propiamente dicho o en la *rebelión romántica*, como dice Allison Peers, hasta que en 1823 tiene que expatriarse huyendo de las represalias de Fernando VII, repuesto en el absolutismo con la ayuda de la avalancha francesa que por segunda vez invade España: Angel de Saavedra había tomado parte activamente en las

(2) Sobre la posición política de Martínez de la Rosa es muy interesante el estudio preliminar de Seco Serrano, en la BAE, edición de las *Obras Completas*.

(3) JOSÉ LUIS VARELA: «La generación romántica española», en *Cuadernos de Literatura*, II, núm. 6, 1947.